

V. Blasco Ibáñez
Conspiración permanente
(*El Pueblo*, 4-6-1903)

Vivimos en plena y perpetua conspiración contra los principios democráticos.

No es que la libertad exista realmente en nuestra vida política; pero figura en las leyes: un día u otro puede aplicarse a la existencia nacional convirtiéndose en hechos, y esto es lo que desean evitar los gobiernos de la restauración, para lo cual trabajan con tenacidad inquebrantable.

Decíase que el gobierno conservador no traía planes nuevos a las Cortes, y en dos días el ministro de Gobernación y el de Instrucción pública han soltado dos proyectos de ley que en otros tiempos hubiesen bastado para provocar una revolución.

Del proyecto de Maura, esa ley irrisoria llamada por su autor del *descuaje*, apenas hay que hablar. Ha caído en medio de la general protesta: hasta los monárquicos menos liberales la han censurado, y casi puede afirmarse que quedará como un feto legislativo, sin llegar a merecer la corta vida de una discusión parlamentaria.

Pero este fracaso del ministro de Gobernación, no por su falta de éxito deja de revelar la conspiración latente contra el espíritu liberal. Después de un siglo de esfuerzos sangrientos y sobrehumanos por consolidar la libertad y establecer la democracia, un ministro que se llama liberal-conservador osa dar un golpe de muerte al sufragio —la más importante de las instituciones democráticas— estableciendo los concejales natos, y apoya su reforma, no con la opinión de los grandes estadistas modernos, sino con el recuerdo de Fernando VII, como pudiera hacerlo un secretario de despacho de la antigua monarquía absoluta.

En otros tiempos era destronada María Cristina por intentar simplemente la instauración de los alcaldes por real orden: ahora, en pleno siglo XX, cuando son electivas las supremas magistraturas de una gran parte de las naciones, hay en España un ministro que se cree moderno y propone la creación de los concejales vitalicios y por derecho propio. Don Carlos no se atrevería a tanto.

Estas intenciones delatan al poder oculto y misterioso que guía el pensamiento y la mano de los diversos gobiernos de la restauración. Los reyes de España son protegidos del Vaticano; los gobernantes sirven al Nuncio y pierden su cartera apenas inician la más leve rebeldía; el espíritu de intransigencia religiosa que tacha la libertad política de pecado y contra ella ha mantenido dos guerras civiles, vela en pie tras la poltrona de los ministros, y lo que no pudo conseguir de un golpe por medio de las armas, busca alcanzarlo paulatinamente, con jesuítica mansedumbre, por medio de decretos y de leyes que aparecen como inspiraciones aisladas, y son en realidad fragmentos ensamblados de una vasta obra de conspiración.

No infunden miedo nuestras costumbres al espíritu de reacción que domina el país. El pasado aún vive en nosotros tan intacto casi como en otros siglos. Las Cortes de Cádiz abolieron las señorías con todos los privilegios feudales, pero vive el caciquismo con mayores y más irritantes abusos; murió de puro vieja la Inquisición; pero campa arrogante y vencedor el jesuitismo, que no tortura y quema, pero persigue y anula por medio de la calumnia y la credulidad del vulgo. ¿Qué es, pues, lo que estorba a la reacción? Las reformas democráticas consignadas en el papel que fueron envilecidas desde su nacimiento; pero que mañana pueden regenerarse prácticamente: la libertad consagrada en las leyes que algún día puede hacerse efectiva.

Existe la ley para el nacimiento y el matrimonio civil, pero ya se encarga la reacción de evitar su práctica, marcando con un estigma a las familias que a ella se acogen.

Funciona el Jurado en contraposición con la antigua justicia, pero no hay procedimiento a que no apelen los reaccionarios para deshonrarlo.

Tenemos el sufragio, principio del régimen democrático que, a pesar de todas las combinaciones del caciquismo, lleva una numerosa representación revolucionaria a los organismos oficiales, y el jesuitismo, por mano de Maura, intenta asestarle un golpe de muerte en su manifestación más popular y más en contacto con el pueblo: en los municipios.

¿Y la enseñanza?... Esta es la gran preocupación del ultramontanismo. Los liberales somos gente de vista corta que únicamente miramos al presente.

Iglesia tiene la vista fija en el porvenir para afianzar su triunfo.

Por medio del confesonario tiene a la mujer, y esto le basta para dominar hoy los hogares. Necesita hacerse dueña de lo futuro por medio del niño, y todos sus esfuerzos van encaminados a monopolizar la enseñanza. Quiere apoderarse de los moldes del porvenir, y esto equivale a hacerse dueña de la instrucción, pues si educa varias generaciones de fanáticos, por mucho que hoy propaguen los sabios y por mucho que realicen las masas revolucionarias, la evolución del progreso quedará cortada mañana.

El ministro de Instrucción pública intenta entregar la enseñanza a la Iglesia, dando a los colegios e instituciones religiosas la facultad de ser centros docentes. El convento se tragará a la Universidad y la Catedral matará al libro, realizándose a la inversa la hermosa profecía de Víctor Hugo en *Nuestra Señora de París*.

En este problema de la enseñanza es donde se demuestra con mayor claridad la conspiración contra el espíritu moderno.

¿Qué han hecho los gobiernos monárquicos por la enseñanza oficial?

Villaverde provocó casi una revolución aumentando enormemente los impuestos. Los sacrificios exigidos al país sirvieron y sirven para el mantenimiento de lo que bien pudiéramos llamar superfluo, sustentando el parasitismo del Estado. Para la enseñanza ¡ni un céntimo!

A raíz de la guerra franco alemana gritaron los patriotas de la vecina nación:

—No nos ha vencido Moltke: quien ha triunfado es el maestro de escuela alemán, que vale más que el francés. Regenerémonos por la enseñanza.

Y Francia, aleccionada por la desgracia, dedicó desde entonces una gran parte de su presupuesto a la instrucción.

Aquí, nuestra catástrofe colonial puso al descubierto, la vergonzosa y absoluta ignorancia, no solo del pueblo, sino de las clases elevadas y directoras. Pero de nada ha servido la lección. Once millones teníamos para la enseñanza y once millones tenemos ahora, mientras los presupuestos de otros ramos se han engrosado en una tercera parte y la lista civil aumenta con el nacimiento y cría de nuevos infantes.

Los gobiernos de la restauración podrían, sin riesgo alguno, ensanchar el presupuesto de la enseñanza sin cercenar los otros. Les

bastaría con aumentar los tributos, abusando una vez más, con un fin bueno, de la mansedumbre de este país. Pero si intentasen hacerlo para librarse de la nota de bárbaros, no lo conseguirían. La mano del jesuitismo caería sobre ellos.

La orden de la reacción es terminante: «Instrucción oficial, poca y mal pagada».

La Iglesia católica, en los países latinos, se presenta ahora con la máscara liberal en todas las cuestiones de enseñanza.

—¡Viva la libertad! —grita—. Conceded a todos la facultad de enseñar. Ya que yo no puedo imponer mis creencias como en otros tiempos por medio del hacha y de la hoguera del poder civil, dejadme disputar a la enseñanza moderna la posesión de la juventud, y quien pueda más que se la lleve.

Esto es poco más o menos como si un atleta propusiera un pugilato a un hombre enteco, atado de pies y manos o como si un marinero armado de máuser retara desde la cubierta de un acorazado a un nadador jadeante que apenas pudiese sostenerse sobre las olas.

La Iglesia, con millares de frailes que pueden dedicarse a la enseñanza (o lo que ellos creen enseñanza) sin necesidades de familia, pues no la tienen, propone la lucha al profesorado, oficial que es costoso, pues se compone de hombres honrados que no rehúyen por medio de aberraciones físicas las funciones de la vida y mantienen sus hijos en vez de fabricarlos a costa ajena, como hacen las gentes eclesiásticas cuando no reniegan de la virilidad.

La Iglesia, que lleva trescientos años de amontonar riquezas y poderío y cuenta con el continuo chorreo en sus arcas del fanatismo que compra una localidad en el cielo a la hora del remordimiento, propone el combate a la pobre enseñanza oficial, que cuenta para toda su vida con once millones, casi lo que consume en comer, lucir y bailar la familia de los Borbones.

En todo lo que va de restauración, solo se ha construido en Madrid una escuela de planta, la de Aguirre, y se han elevado en las inmediaciones de la capital más de cien edificios nuevos, entre conventos, iglesias, etc.

En los Estados Unidos, en Inglaterra y en otros países civilizados, los millonarios que mueren, y que en su mayoría comenzaron como simples obreros, dejan cuantiosas fortunas para centros de enseñanza.

El rico desea perpetuar su nombre levantando una Universidad o una biblioteca, importándole más el agradecimiento de los humanos que la entrada en un cielo inventado por los que comen a sus expensas. Aquí al millonario que muere lo visten de fraile y los robos propios o de sus ascendientes los dedica a misas o a la fundación de uno de esos asilos católicos, en los que brilla refulgente el templo, con la nitidez de los mármoles y el oro de las cruces, y monjas y curas ocupan las principales habitaciones, mientras el rebaño tiñoso, sucio y anémico de los desgraciados que sirven de pretexto a la soberbia fundación, comen en el rincón más infecto las sopas y las lentejas de la caridad cristiana.

Ningún rico deja una peseta para la enseñanza. Aún no han muerto aquellos doctores de la Universidad de Cervera que en otros tiempos clamaban «contra la fatal manía de pensar». De los ignorantes es el camino del cielo, y dar dinero para la instrucción, equivale a prestar al alma facilidades para que se pierda.

En países sin tradición, donde el espíritu laico está en el mismo nivel de fuerza que el religioso, cabe la libertad de enseñanza. Pero el mundo latino, que aún sufre la sarna de treinta siglos de intolerancia religiosa, necesita otros tres siglos de progreso y de educación moderna para ponerse en condiciones de lucha con la gran enemiga. Dejar a la Iglesia en completa libertad para que enseñe, es renunciar al porvenir, hacer infructuosos de un golpe largos años de lucha, abdicar de nuestra aspiración a vernos entre los pueblos modernos.

Necesitamos que solo exista una enseñanza, la del Estado. Si es mala, hacerla buena; si es pobre, enriquecerla. En los pueblos latinos hay que ser jacobino en materia de enseñanza, o tolerar el suicidio del laicismo.

—¿Y la libertad? —gritarán los sacristanes.

La libertad tiene el desecho de defenderse, de conservarse para existir.

Figuraos un loco que gritase ante la jaula de una pantera:

—En nombre de la libertad no privéis de la suya a ese hermoso animal. ¿No veis cómo salta, cómo ruge, no pudiendo desarrollar libremente su fuerza? Tiene derecho a correr suelta como nosotros, a gozar del aire libre; para eso guarda en sus músculos tanto vigor físico.

Y si la jaula se abriese en nombre de la libertad, la fiera demostraría su agradecimiento al libertador merendándose.

Algún día habrá que soltar a la bestia, pero será cuando se le haya caído el pelo de puro vieja, cuando perdido el vigor que la dieron largos años de libertad y absoluto poderío pueda el hombre luchar con ella de igual a igual, y tenderla de un golpe a sus pies, si recordando los antiguos instintos osa morderle con su boca desdentada.